



El Rosario – la oración predilecta de María

¡Oh, cuán feliz el sacerdote y director de almas a quien el Espíritu Santo ha revelado este secreto, desconocido de la mayor parte de los hombres o sólo conocido superficialmente! Si logra su conocimiento práctico, lo recitará todos los días y lo hará recitar a los otros. Dios y su Santísima Madre derramarán copiosamente la gracia en su alma para que sea instrumento de su gloria; y producirá más fruto con su palabra, aunque sencilla, en un mes que los demás predicadores en muchos años.

-San Luis Grignon de Montfort, El Secreto Admirable del Santo Rosario

Los Corazones Unidos

El Corazón del Padre está unido al de María, como el Corazón de todo padre está unido a su hija más querida.

El Corazón del Hijo al de María, como el Corazón de todo hijo al de la madre más digna.

El Corazón del Espíritu Santo a María, como el Corazón del más divino de los esposos a la más querida de las esposas.

Recíprocamente, el Corazón de María al Padre, como el Corazón de la mejor de las hijas al padre más querido.

El Corazón de María al del Hijo de Dios, como el Corazón de una madre inigualable al del Hijo sin par.

Finalmente, el Corazón de María es al Espíritu Santo como el Corazón de una esposa, hoguera del amor más ardiente, va a la Esposa que es Amor esencial, Amor-Dios, infinito, inmenso y eterno.

El Avemaría...

Es como una mina de oro de la cual podemos siempre extraer caudales sin extinguirse jamás.

San Jerónimo dijo: "Las verdades contenidas en el Avemaría son tan sublimes, tan maravillosas que ningún hombre y ningún Ángel alcanzarán a comprenderlas plenamente jamás."

Santo Tomás de Aquino, el Príncipe de los Teólogos, "el más sabio de los Santos y el más Santo de los sabios" como León XIII lo llamó, predicó durante 40 días en Roma sólo sobre el Avemaría, llenando a sus escuchas de gozo y devoción.

El Padre F. Suárez, un santo y estudioso Jesuita, declaró una vez que al morir daría gustosamente todos los muchos y eruditos libros que escribió, todas las obras y trabajos de su vida, por el mérito de una sola Avemaría rezada con fervor y devoción.

"La oración del humilde traspasa las nubes..."

(Eclesiástico 35,21)

"DIOS QUIERE PEDIR AL MUNDO LA DEVOCIÓN A MI CORAZÓN INMACULADO..."

LAS APARICIONES DE FÁTIMA (II)

El 13 de julio de 1917, la Virgen se apareció de nuevo a Lucía y a sus dos compañeros, en presencia de cuatro a cinco mil personas. Y dijo:

"Quiero que vengan aquí el 13 del mes que viene; que sigan rezando el rosario diariamente en honor a Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el final de la guerra, porque sólo ella podrá ayudarles".

"Yo querría pedirle que nos dijera quién es usted", dijo Lucía, "y que hiciera un milagro para que todo el mundo crea que su Gracia se nos aparece".

"Sigán viniendo aquí todos los meses. En octubre, les diré quién soy y lo que quiero, y les haré un milagro que todos podrán ver para creer. Sacrificaos por los pecadores, y díganle a menudo a Jesús, especialmente cuando hagan un sacrificio: "Oh Jesús, es por Tu amor, por la conversión de los pecadores, y en reparación por los pecados cometidos contra el Corazón Inmaculado de María."

Al decir estas palabras, abrió las manos. El reflejo de la luz que de ellas se desprendía pareció penetrar la tierra. Los niños vieron entonces como un océano de fuego, donde yacían los demonios y las almas de los condenados. Asustados, y como implorando, los niños alzaron la vista hacia Nuestra Señora.

Cabe señalar que antes que la Virgen Santísima apareciera en Fátima, los niños fueron visitados por el Ángel de Portugal. Éste les dijo: *"¿Qué están haciendo? ¡Oren! ¡Oren mucho! Los Santísimos Corazones de Jesús y de María tienen sobre ustedes designios misericordiosos. Ofrezcan continuamente sus oraciones y sacrificios al Altísimo... Ofrezcan al Señor todo lo que les pudiese mortificar en reparación por tantos pecados con que se le ofende y como súplica por la conversión de los pecadores... Sobre todo, acepten y soporten con sumisión los sufrimientos que el Señor quiera enviarles." El mismo Ángel les dio la Comunión diciendo: "Tomen el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparen los delitos de éstos y consuelen a su Dios."* También les enseñó las siguientes oraciones, que debían repetir con frecuencia:

"Dios mío yo creo, adoro, espero y Os amo; y Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman." (repetir 3 veces)

"Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro amadísimo Señor Jesucristo, presente en todos los tabernáculos de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios y la indiferencia con que Él mismo es ofendido. Por los méritos infinitos de Su Sacratísimo Corazón y la intercesión del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores. Amén" (Puede rezarse después de recibir la Santa Comunión y en las visitas al Santísimo)

"Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, libranos del fuego del infierno. Lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de Tu misericordia. Amén." (Rezarse como jaculatoria entre misterio y misterio del Rosario)

(Continuará)

8. Sería imposible citar la multitud innumerable de Santos que han encontrado en el Rosario un auténtico camino de santificación. Bastará con recordar a San Luis María Grignon de Montfort, autor de una preciosa obra sobre el Rosario y, más cercano a nosotros, al Padre Pío de Pietrelcina, que recientemente he tenido la alegría de canonizar. Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el Beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: «¡Quien propaga el Rosario se salva!». (Rosarium Virginis Mariae §8)